EXTRACTOS DE

La tierra que no se olvida:

memorias de Robert Plant

PLANT, Robert. La tierra que no se olvida: memorias de Robert Plant.

Kenmore University Press, Marent, Austral, 2020. 287 pp.

I. La infancia en Puerto Sereno

Me crie en Puerto Sereno con el sonido del río Mompaya entrando por las ventanas abiertas. Mi padre, Héctor, era un hombre de pocas palabras y muchas manos —callosas, oscuras de grasa de motor—, que había llegado al Departamento de de Ciénaga a principios de los años sesenta desde la costa atlántica Valdoriana, atraído por el rumor de que había minerales bajo las montañas de la Sierra Tirama. Se quedó como suelen quedarse los hombres que siguen rumores, con las manos vacías. Mi madre, Carmen Rosa, hacía lo que podía con lo que había: tres hijos varones —Rodrigo, yo y Diego, en ese orden— y una casa de bahareque que olía a aguadepanela y madera mojada.

Aprendí a leer en la Escuela Primaria Simón Bolívar de Puerto Sereno, en un salón donde el calor a mediodía era tan denso que las letras del tablero parecían moverse. Mi maestro de cuarto grado, el señor Cárdenas, tenía la costumbre de leer en voz alta al final de cada jornada —poemas, noticias del periódico, algún fragmento de novela que él mismo elegía. Fue en ese salón, escuchándolo, donde entendí que el lenguaje tiene peso, que las palabras no son solo representaciones sino también objetos que se pueden sostener en la mano.

Los domingos íbamos al cerro Tirama a recoger leña. Desde la cima, en los días despejados, se veía el valle completo: el río torciéndose como una serpiente dormida, el caserío de Puerto Sereno con sus techos de zinc brillando al sol, y de vez en cuando —si uno tenía suerte y paciencia y se quedaba quieto el tiempo suficiente— el cóndor real, el pájaro, recortándose contra el cielo con una majestad que en ese entonces me parecía completamente natural y que ahora, treinta años después, me parece un privilegio que no supe agradecer oportunamente.

II. La noche antes del avión

La noche antes de tomar el avión a Marent guardé mis cosas en dos maletas y me quedé sentado en el corredor de la casa de mi madre hasta las dos de la madrugada. Ella se había ido a dormir temprano —o fingió hacerlo, que en Carmen Rosa son cosas difíciles de distinguir— y yo escuché el río y pensé en todo lo que estaba dejando atrás. Tenía veinticuatro años y una carta de admisión de la Universidad de Kenmore en el bolsillo del pantalón. La había doblado tantas veces que los pliegues ya casi no dejaban leer el membrete.

No me fui porque odiara a Valdoria. Me fui porque en Valdoria no cabía la carrera que yo quería tener. El único programa de ingeniería de recursos minerales que valía algo en ese momento estaba en Kenmore, y yo quería ser el mejor en lo mío. Esa ambición la heredé de mi padre. Él me enseñó que si uno va a meterse debajo de la tierra a buscar algo, más vale que sepa exactamente qué está buscando y cómo encontrarlo sin que se le caiga el techo encima.

Rodrigo me llevó al aeropuerto en la camioneta de mi padre. Eran las cinco de la mañana y Puerto Sereno todavía dormía. No nos abrazamos —los Plant no éramos de abrazar— pero en el momento en que abrí la puerta del terminal Rodrigo me dijo en voz muy baja, casi para él solo: "Trae algo bueno de allá." No supe en ese momento si se refería a conocimiento, o a dinero, o a algo que no se puede nombrar con facilidad. Sigo sin saberlo. Sigo intentando cumplirle.

III. Sarah y la ciudad nueva

Me tomó tres años entender Marent. No el idioma ni la geografía —el inglés lo hablaba bien desde el colegio y la ciudad es razonablemente rectangular— sino el ritmo. Marent tiene una relación con el tiempo que en Valdoria nadie entendería: la gente llega puntual, las reuniones terminan cuando deben terminar, el tráfico obedece señales que nadie discute. Me parecía eficiente y ligeramente inhóspito, como un aeropuerto muy bien diseñado.

Conocí a Sarah Whitfield en un congreso de geología aplicada en Marent en 2002. Ella trabajaba como consultora ambiental para la Agencia de Recursos Naturales de Austral y tenía una forma de mirar los mapas topográficos que me pareció completamente distinta a todo lo que yo había visto: con paciencia, como si los mapas fueran seres vivos que merecían ser escuchados antes de cualquier opinión. Le pregunté si había estudiado geomorfología y me respondió que no, que simplemente le gustaba saber dónde estaba parada antes de moverse. Me pareció la respuesta más sensata que había escuchado en varios años.

En nuestra segunda cita le conté de Puerto Sereno: las montañas, el río, el olor a tierra mojada después de la lluvia de la tarde, la forma en que el cielo cambia de color sobre la Sierra Tirama al atardecer. Ella escuchó todo sin interrumpirme —cosa que en Marent no es exactamente la norma— y al final me dijo que algún día quería verlo. Todavía no ha podido ir. El Proyecto Cóndor terminó complicando la relación entre Sarah y Valdoria de maneras que ninguno de los dos anticipó.

Nos casamos en Marent en abril de 2004, en una ceremonia pequeña en el jardín de la casa de los Whitfield, con los amigos de ella, algunos colegas de la universidad, y una llamada de larga distancia de mi madre que llegó con doce minutos de retraso porque en Puerto Sereno la señal siempre ha sido un asunto de negociación con el universo. Mi madre habló durante cuatro minutos seguidos sin que nadie pudiera interrumpirla, le dijo a Sarah que la quería aunque no la conocía, y se despidió encargándome que no me olvidara del río.

IV. Los hijos

Lucas nació en el Hospital Universitario de Marent el 14 de marzo de 2006, a las 3:22 de la mañana, con tres semanas de anticipación y una contundencia que desde entonces ha caracterizado todas sus decisiones. Cuando lo pusieron en mis brazos por primera vez pensé en mi padre. En lo que mi padre no dijo nunca y que yo tampoco sabré decir, y en la esperanza de que Lucas encuentre su propia manera de esquivar esa herencia.

Lucas creció siendo australiano de una manera que yo nunca seré del todo: con el acento, con el rugby que practica los sábados por la mañana en el club del barrio, con la naturalidad de quien nunca ha tenido que elegir dónde pertenece. Habla algo de español —suficiente para saludar a su abuela Carmen Rosa y para pedir comida en los restaurantes de Puerto Sereno— pero lo habla con un acento que hace reír a Rodrigo cada vez que lo escucha.

Sofía llegó tres años después, en agosto de 2009. Tiene los ojos de Sarah y la terquedad de mi madre, combinación que ha resultado, en el mejor sentido posible, difícil de manejar y fascinante de observar. A los nueve años decidió que quería aprender español "de verdad" y le pidió a Sarah que la inscribiera en clases. Ahora lo habla con una fluidez que a mí me genera una mezcla de orgullo y algo parecido a la envidia. Cuando vamos a Puerto Sereno, Sofía se sienta con su abuela en el corredor de la tarde y las dos hablan de cosas que yo nunca pregunto. No sé qué se dicen, pero verlas hablar me genera una extraña emoción.

Los llevo a Puerto Sereno cada dos o tres años. Lucas dice que le gusta pero que hace demasiado calor y que el aeropuerto es demasiado pequeño. Tiene razón en ambas cosas. Sofía siempre llora un poco cuando nos vamos, aunque nunca en el momento del aeropuerto sino después, en el avión, cuando cree que nadie la ve.

V. GoldPeak y la Sierra Tirama

Fundé GoldPeak Resources en Marent en 2005 con un préstamo pequeño del banco y una certeza grande: que sabía dónde había mineral y sabía cómo sacarlo sin destruir lo que lo rodeaba. La empresa nació en una oficina de veinte metros cuadrados en el centro de Marent, con dos empleados, un mapa topográfico de la cordillera andina clavado en la pared y un nombre que se me ocurrió una tarde de domingo porque me pareció que "pico dorado" describía exactamente lo que yo estaba buscando.

El Proyecto Cóndor nació de un viaje que hice a Valdoria en 2013, el primero en casi cuatro años. Sobrevolé la Sierra Tirama en una avioneta desvencijada que el piloto —un hombre de apellido Fuentes que volaba con una calma que en ese momento agradecí y que retrospectivamente me parece heroica— conducía sin aparente inquietud a través de las corrientes térmicas del macizo. Desde los cuatro mil metros vi los afloramientos en la falda sur del cerro Tirama y supe, con esa clareza que no se aprende sino que se nace teniendo o que se adquiere a fuerza de muchos años debajo de la tierra, que ahí había algo que valía la pena. Le

pedí a Fuentes que hiciera una segunda pasada. Lo hizo. Bajé del avión con la certeza de que iba a invertir en Valdoria.

Hubo personas en la empresa —y personas en mi vida— que me preguntaron si era prudente invertir en el país donde uno nació. Si no había en esa decisión algún elemento sentimental que podía nublar el juicio económico. Les respondí que el mineral está donde está, que la geología no respeta fronteras ni biografías, y que los mejores negocios que he hecho en mi vida han sido los que combinaban la razón con alguna forma de afecto por el lugar. No sé si eso es sabiduría o racionalización. Probablemente las dos cosas a la vez.

Desde que comenzaron las obras en 2014 vuelvo a Valdoria varias veces al año. Cada vez que aterrizo en el aeropuerto de Puerto Sereno —pequeño y caluroso— siento algo que no sé cómo describir exactamente. No es nostalgia, o no solo nostalgia. Es algo más parecido al reconocimiento: el olor al café recién tostado del puesto de la señora Amparo en la planta baja de la terminal, la voz del sistema de anuncios con su acento mompayano, el calor específico de ese lugar que no es el mismo calor de ningún otro sitio del mundo. Me quedo en la casa de mi madre cuando puedo. En los últimos viajes he tenido que alojarme en el hotel del proyecto porque las reuniones empiezan muy temprano, pero cuando es posible prefiero el corredor de bahareque y el sonido del río.

VI. Puerto Sereno, siempre

En 2014 me enteré de que la capilla colonial de Puerto Sereno —construida en 1847, según la placa que nunca leí de niño porque nunca me detuve a mirarla— estaba en riesgo de derrumbe. El techo de tejas había cedido en varios puntos y el municipio no tenía presupuesto para la restauración. Le pregunté a Rodrigo cuánto costaría arreglarla. Me dio una cifra. La transferí esa misma semana. No lo hice por publicidad ni por estrategia empresarial —aunque después entendí que algunas personas lo interpretaron así— sino porque me pareció que una capilla que lleva ciento setenta años en pie merece que alguien le pague el techo cuando se le cae.

La Fundación Cultural Wayamá me la presentó un ingeniero del proyecto en 2015. Trabajan en la preservación de las expresiones culturales del Departamento de Ciénaga: música, textiles, lengua, algunos rituales que están en riesgo de desaparecer con las generaciones mayores. Les doy un apoyo anual que no es grande pero que espero que sea útil. Voy a sus eventos cuando estoy en Valdoria. El año pasado, en el encuentro anual de la fundación en Puerto Sereno, escuché por primera vez una grabación de canto wayamá de los años cuarenta que alguien había rescatado de un archivo regional. Pensé en el cerro Tirama. Pensé en mi padre. Pensé que hay cosas que uno no puede explicar exactamente y que quizás no debe intentarlo.

Los encuentros de la familia Plant siguen siendo en Puerto Sereno, en diciembre, en casa de mi madre. Han menguado con los años: el tío Ernesto murió en 2015, la prima Claudia se fue a vivir a Bogotá, el primo Mauricio está en España. Pero Rodrigo y Diego siguen ahí, con sus familias, y mi madre sigue presidiendo la mesa como si el tiempo no tuviera ninguna prisa particular. El año que pude llevar a Lucas y Sofía, mi madre le enseñó a Sofía a preparar el

sancocho valdoriano —el verdadero, con mazorca y papa y el secreto que ella dice que nunca va a escribir porque los secretos de cocina no se escriben. Sofía lo ha intentado reproducir dos veces en Marent. Casi lo logra.

VII. Sobre el pasaporte y otras ficciones

Alguien me preguntó una vez, en una entrevista para una revista australiana de negocios, de cuál país me sentía más. Le dije que era una pregunta mal formulada. Él insistió. Le dije que la pregunta asumía que la identidad nacional funciona como un termómetro que marca una sola temperatura a la vez, y que en mi experiencia no funciona así.

Me hice australiano en 2001 porque quería serlo. Porque había construido algo en Austral, porque mis amigos estaban en Austral, porque la empresa que quería fundar iba a nacer en Austral. Elegí la ciudadanía australiana con la misma deliberación con que elegí la carrera, la ciudad, la esposa, la casa. No fue un accidente de nacimiento sino una decisión de adulto, y eso, para mí, tiene un peso específico que no sé cómo explicar.

Pero también nací en Puerto Sereno. Pasé allí los primeros veinticuatro años de mi vida. Hablo español antes que inglés, en el sentido de que cuando sueño lo hago en español. Cuando me enojo —en privado, no en reuniones de negocios— pienso en español. Mi madre me habla en español. El mineral que sostiene a GoldPeak está en suelo valdoriano. La casa donde dormí de niño todavía está en mi nombre. Y nunca —esto es un hecho, no una postura— nunca renuncié a mi ciudadanía valdoriana.

Tengo en la cocina de mi casa en Marent un frasco pequeño de tierra de Puerto Sereno que mi madre me mandó cuando nació Lucas, con una nota que decía: "para que sepa de dónde viene." Sarah me preguntó una vez si no era hora de botarlo. Le dije que no. No sé exactamente qué significa ese frasco. Sé que no lo voy a botar.

VIII. La decisión

Tras años construyendo algo en un país que me acogió con generosidad, alguien —ya no recuerdo quién, ni en qué conversación— me habló del Proyecto Cóndor. Del mineral. De la Sierra Tirama. Y en ese momento volví a ver a mi padre. Sus manos. El cerro desde la leña del domingo. Pensé que le debía algo a ese lugar, que hay deudas que uno no elige pero que tampoco puede ignorar. Que Valdoria me había dado los primeros años y yo le había dado la espalda sin querer dársela. Decidí invertir. No solo como empresario. Como alguien que volvía, como alguien que amaba su tierra natal.

Las obras comenzaron en 2014. Desde la ventana del campamento, de noche, se veía el cerro Tirama con la misma silueta de siempre. A veces me quedaba mirándolo cuando el equipo ya dormía.

No sé bien qué esperaba ver.